

La obra concluye con un análisis en profundidad de la acción pastoral en materia de medios de comunicación social y sus planes. La autora centra el relato en los diversos planes pastorales, desde el elaborado para el cuatrienio 1976-1980 hasta el que todavía no ha finalizado (el referido a los años 2002-2005): además, hará una serie de reflexiones finales bastante interesantes. Según Cortés, el hecho de que la programación haya sido elaborada por los propios obispos, supone que a la hora de aprobarla hayan tenido que pensar en sus respectivas diócesis y en el conjunto de las diócesis del país, por lo que el plan en este terreno debía reflejar muchas de las inquietudes pastorales de cada comunidad diocesana y repercutir en su vida y en sus proyectos o acciones particulares.

En definitiva, nos encontramos ante un estudio serio y riguroso, bien escrito y mejor documentado, que a partir de ahora ha de servir como punto de referencia para conocer la presencia de la Iglesia en los medios de comunicación social.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

DANIEL JONAH GOLDHAGEN, *La Iglesia católica y el Holocausto* (Madrid, Taurus, 2002), 404 pp. ISBN: 84-306-0491-X.

En los últimos tiempos ha sido posible asistir a un fuerte debate en torno al tema de la Iglesia católica y su actuación durante el Holocausto llevado a cabo por la Alemania nazi a lo largo de los años 1942-1945. Una de las publicaciones más relevantes en este terreno es el libro que ahora pasamos a analizar, y que ha sido escrita por un especialista en nazismo, Daniel Jonah Goldhagen. De hecho, su tesis doctoral, titulada *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* (Madrid, Taurus, 1997), se centraba en un hecho tan complejo como era determinar las responsabilidades de todos y cada uno de los alemanes en el asesinato de seis millones de judíos.

El problema que tiene esta nueva monografía se pone rápidamente de manifiesto, y no es otro que la más que evidente ideologización a la que está sometido el autor. Goldhagen es judío y no parece capaz de escapar a dicha condición, por lo que el resultado es una especie de «libro-combate» donde se intenta dejar una imagen lo más negativa posible de la Iglesia y tratar de restituir el honor de un pueblo, el judío, que fue humillado y masacrado desde que Adolf Hitler se hiciera con el poder en 1933. En muchas ocasiones da la impresión no de que el autor haya llegado a una serie de conclusiones a partir de hechos objetivos, sino que parte de un apriorismo alrededor del cual se van abigarrando los principales sucesos. Además, resulta evidente que en ocasiones no solo generaliza, sino que llega incluso a totalizar, y ahí es donde hemos descubierto la mayor carencia del libro: su incapacidad para concretar. Expliquemos esta idea.

Cuando, por ejemplo, asegura que los «obispos y sacerdotes católicos de Alemania y de toda Europa también eran antisemitas» (p. 159), la ausencia de pruebas le deja en evidencia, porque deberían ser muchísimos más de los que él ha aportado los testimonios que hicieran creer que esto fue así. De hecho, cuando él cita nombres concretos de personas pertenecientes al mundo católico que estuvieron a favor del Holocausto, no tiene más remedio que hacerlo también con aquellos que más decididamente se opusieron. Como Gertrud Luckner, miembro de *Cáritas* (p. 223), cuyos

esfuerzos para salvar la vida de judíos le llevaron a acabar como prisionera en el campo de concentración de Ravensbruck.

Sí estamos de acuerdo, no obstante, cuando Goldhagen deja entrever el apoyo, en algunos casos, y la no oposición, en otros, de la Iglesia alemana al nazismo. Era tal el odio que el catolicismo sentía hacia el comunismo que en su ceguera creyeron que el totalitarismo nazi podía ser menos perjudicial para sus intereses. Y aquí el autor sí es capaz de concretar. Hombres como Michael von Faulhaber, Cardenal-Arzbispo de Munich y Freising; Lorenz Jäger, Arzobispo de Paderborn (diócesis sufragánea de Colonia); y Clemens August Graf von Galen, Obispo de Münster, fueron capaces de defender con la mayor de las tenacidades el nacionalsocialismo con tal de evitar un régimen comunista, apoyando, de manera indirecta, hechos tan terribles como el Holocausto (aunque debemos decir que la acusación contra von Galen resulta muy discutible). En el otro bando, el de los que lucharon decididamente contra el nazismo, solo se encontraría la figura de Konrad von Preysing, Obispo de Berlín desde 1935 y elevado a cardenal en 1946.

Tampoco queda claro que Roma estuviera detrás de la deportación de judíos llevada a cabo por Monseñor Tiso, Presidente del satélite Estado de Eslovaquia. Sí es cierto que la Santa Sede podía haberle excomulgado por su colaboración con el nazismo, pero da la impresión de que las leyes antisemitas de Tiso son más una medida suya personal que inspirada por Roma.

En ese sentido, parece evidente la contradicción de Goldhagen de hablar muy dogmáticamente, por un lado, y reconocer que para vislumbrar la auténtica responsabilidad de la Iglesia, es necesario llevar a cabo un gran proyecto de investigación sobre las historias política, social y cultural de las actitudes y acciones respecto a los judíos, ya fuera antes del período nazi y durante el mismo, de cada una de las Iglesias católicas nacionales, por otro. Es decir, que por una parte el autor tiene muy clara la inmensa culpa de la Iglesia en lo sucedido y, por otra, reconoce que el camino andado es todavía muy corto como para llegar a conclusiones definitivas. Nosotros creemos que tiene mucha más lógica la segunda opinión, sobre todo porque los archivos pontificios han sido abiertos al inicio de 2003 y, por tanto, Goldhagen, que ha publicado el libro un año antes, no ha podido consultar una parte fundamental de la documentación referida al tema.

No obstante, hay aportaciones francamente interesantes que demuestran que Goldhagen tiene una notable capacidad investigadora. Gracias a él hemos podido comprobar que la actitud de Pío XII en algunos casos fue, cuando menos, cuestionable. El autor aporta un fragmento situado cuando el todavía Nuncio Eugenio Pacelli, se encontraba en la ciudad alemana de Munich y se produjo la irrupción de un grupo de jóvenes judías en el palacio real durante la insurrección comunista (abril de 1919). Ese grupo, que Pacelli denominaba «chusma», se encontraba encabezada por una chica que era la amante de Levien, un líder bolchevique que es literalmente descrito por el futuro Pío XII como un hombre «sucio, con ojos de drogado y voz ronca, vulgar, repugnante y de rostro tan inteligente como ladino» (p. 57). En este episodio el futuro Pío XII da la impresión de ser más un aristócrata que un obispo de la Iglesia.

Lo que resulta igualmente cierto es que Roma tenía que haber intervenido de una manera mucho más decidida en la expansión de una mentalidad antisemita. Tenía, por ejemplo, que haber prohibido artículos como el titulado «Moralidad católica» y que apareció en la célebre revista *Civiltà católica* en 1893. En él se acusaba a los ju-

díos de no trabajar ni producir, sino de vivir de lo que hacían los demás, a través de sus «desmesurados tentáculos» (p. 94). Peor fue aún permitir la publicación nada menos que en *L'Osservatore Romano* de una homilía (enero de 1939) dicha por un obispo cuyo nombre no se precisaba y donde se aseguraba algo tan brutal como era objetivo de la Iglesia «frenar y limitar la actuación y la influencia de los judíos en medio de los cristianos, así como el contacto de los segundos con los primeros, aislando a los judíos, sin permitirles ocupar los cargos y profesiones en los que podrían dominar el espíritu, la educación y las costumbres cristianas o influir en ellos» (p. 172). Lo que no debía haber sido, sin embargo, motivo suficiente para hacer pensar a Goldhagen que la Iglesia llegó a inspirar a la Alemania nazi a la hora de programar su política de exclusión de los judíos. También Goldhagen va demasiado lejos cuando afirma que el silencio de los católicos ante el Holocausto, teniendo en cuenta que su obligación era defenderles, constituía una aprobación implícita de lo que estaba sucediendo (p. 178). Que hubiera miedo a perder la vida no quiere decir, ni mucho menos, que uno estuviera de acuerdo con la persecución a que quedaron sometidos los judíos.

También gracias a Goldhagen hemos sabido que la mayoría de los obispos eslovacos estaban de acuerdo con la política antisemita de Tiso, como se puso de manifiesto con motivo de una carta pastoral colectiva que publicaron en abril de 1942 y donde quedaba patente que había dos cosas que no se perdonaba a los judíos: haber asesinado a Jesucristo y tener excesiva influencia económica y social. Personalmente, no estoy muy de acuerdo con la afirmación de Goldhagen de que muchos cristianos siguen viendo mal a los judíos por haber crucificado a Jesucristo. En realidad, creo que la mayoría de los cristianos no imputan directamente a los judíos la muerte de Jesucristo, y, si los judíos no resultan particularmente de su agrado (cosa discutible en no pocos casos), ello tiene que ver mucho más con la manera de actuar del único Estado judío del mundo (Israel) y con su tendencia a comportarse como un pueblo cerrado y aislado del resto. En cualquier caso, y afortunadamente, da la impresión de que hoy en día nos encontramos en unas cotas de antisemitismo francamente bajas que esperemos que el tiempo se encargue de eliminar definitivamente.

En conclusión, y ante la necesidad de esperar a que los documentos publicados por el Vaticano que acaban de ser puestos a disposición de los investigadores nos proporcionen la información definitiva, la visión que tenemos a través del libro de Goldhagen es la de una Iglesia católica pobre en su actuación, que se limitó a permitir actuaciones de carácter personal y cuyo temor a represalias, amén de su no particular aprecio hacia el pueblo judío, le hizo mantenerse en un silencio que no por ello le exime de una crítica dura. El tiempo será el que se encargue de determinar las culpabilidades definitivas.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

ALBERTO INIESTA, *Recuerdos de la transición* (Madrid, PPC, 2002), 237 pp. ISBN: 84-288-1736-7.

Tuve el placer de conocer personalmente a Alberto Iniesta hace poco tiempo, concretamente el 8 de abril de 2003. Fue con motivo de una conferencia que pronunció en el Colegio Mayor Chaminade de Madrid y en la cual pude comprobar que, a pesar de ser ya un octogenario, mantenía una extraordinaria lucidez. Me encontré,